

e. haro tecglen

para la «quinta columna», que producirían un caos en la ciudad al simultanearse con los ataques desde el exterior. No se cree, sin embargo, que el objetivo final fuese el de ocupar la capital, sino el de forzar a pactar al Gobierno del Sur y a hacer desaparecer de la escena política al Presidente Thieu. Este acaba de hacer unas declaraciones según las cuales los guerrilleros y el ejército de Hanoi están decididos a ganar la batalla en el terreno, y no tienen ningún ánimo de ceder en las conversaciones de París, que sólo mantienen como maniobra de diversión. El valor que hay que conceder a esta declaración es sobre todo político: Thieu desea que los americanos cesen de negociar y que, en cambio, presten más atención —y, por lo tanto, más ayuda— a la situación de los frentes.

EL punto de vista militar americano no parece ser muy distinto. Se suele considerar en sus medios que la ofensiva está más que en relación con la caída del Presidente Thieu, con la situación del Presidente Nixon, y que la carga mayor de esta ofensiva se hará coincidiendo con las elecciones. Es evidente que todo está en relación. Si las previsiones de que van a constar las principales fuentes de suministro a Saigón son ciertas y si de alguna forma el Presidente Thieu tiene que ceder, Nixon se encontrará más que nunca en el dilema de tener que reforzar la presencia de Estados Unidos en Vietnam o de tener que abandonarlo como una derrota, y ninguna de las dos soluciones son convenientes para su reelección.

SOBRE estas ideas, lo que se considera como fracaso de la primera fase de la ofensiva —Quang Tri, en el Norte, y An Loc, en el Sudoeste— sería, por el contrario, un éxito: habría conseguido que el ejército de Saigón concentrara en esos puntos efectivos muy importantes y se dispersara el resto por todo el país, esperando un nuevo punto de ataque. Si éste se produce en las provincias que rodean Saigón, con efectivos muy numerosos y material importante, podría no haber contingentes para la defensa, que, una vez más, tendría que estar confiada a la aviación de los Estados Unidos y a sus dudosos resultados.

POR otra parte, en Camboya se denuncia la posibilidad de una ofensiva comunista en gran escala, y en Laos también. Un dato de fuente periodística norteamericana dice que, de hecho, los partidarios del príncipe Sihanuk controlan el 85 por 100 del territorio, en el que vive un 50 por 100 de la población, y que en cualquier momento pueden descolgarse sobre el resto del país. Consideran que la región de la capital está amenazada, y que la base naval de Noak-Luong está en peligro.

HEMOS de repetir, sin embargo, que la mayor parte de estos informes, tanto los de Saigón como los de Laos o Camboya, tienden a dar el mayor énfasis posible a la posibilidad de que puedan perder la guerra en el campo de batalla, con el fin de convencer al protagonista americano de que refuerce la situación militar y no prosiga unas negociaciones que, en cualquier caso, serían nefastas para los Gobiernos locales. Para nadie hay dudas de que en las negociaciones los Estados Unidos pretenden sobre todo salvar su retirada sin pérdida de prestigio, pero sin demasiados miramientos para sus aliados coyunturales. Por su parte, los vietnamitas insisten una y otra vez que su única pretensión es que haya un alto el fuego simultáneo al establecimiento en Saigón de un Gobierno llamado de coalición —más bien un Gobierno de notables con tendencias neutralistas— que pudiera convocar y celebrar unas elecciones con garantías —y sin presencia de tropas extranjeras—, con vistas a la reunificación del país —las elecciones que estaban previstas por los acuerdos cuya suspensión por parte del Gobierno de Saigón provocó la guerra actual—, que posteriormente elegiría su forma de Gobierno.

PARECE más bien que esta solución, con algunos matices, sea la que finalmente se adopte, y las negociaciones secretas deben estar tratando de conducir a ella. La victoria definitiva sobre el terreno parece muy difícil, pero también parece muy difícil la derrota, a menos que ciertas apocalípticas amenazas —bombas atómicas de las llamadas tácticas o una guerra en gran escala— no intervinieran por parte de los Estados Unidos; su actual situación política y en el mundo no parece que les permita una acción de esa envergadura. No sólo en período preelectoral, sino después, aun con Nixon fortalecido en el poder por cuatro años más.

ES lícito pensar que todos los esfuerzos deben ser hechos en estos momentos, en el sentido de la negociación y, por lo tanto, en el sentido militar, que, de una parte y de otra, tanto pesa sobre ello. Si pudiese contarse con una lógica, el final de la guerra de Vietnam debería verse en estos meses inmediatos, aunque las complicaciones de toda la península Indochina perdurarían. Estamos asistiendo a una nueva configuración de toda Asia, a una iniciación de rectificaciones propia de la época poscolonial, y esta configuración deberá durar muchos años aún.

WALDHEIM, EN PEKIN

Recibimiento discreto y correcto para Kurt Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, en Pekín. Es, no es preciso decirlo, la primera vez que un personaje de ese cargo visita China en el cuarto de siglo de vida de las Naciones Unidas. Es una visita oficial de cortesía: China ha ingresado en la ONU, y el secretario general va a visitar al nuevo miembro de la Organización. Pero es una visita de alto valor político. Va a tratar de asuntos como la admisión del nuevo Estado de Bangla Desh en la Organización internacional. Los chinos no están, hasta ahora, de acuerdo, y disponen de derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Pekín quiere que, antes de nada, Bangla Desh ponga en libertad a los prisioneros de guerra que aún tiene en su poder. Va a tratar también, sin duda, de Vietnam. Waldheim ha declarado que tendrá conversaciones profundas sobre todos los temas de la política internacional, y ha mencionado concretamente el de Oriente Medio quizá por no mencionar el de Indochina, que tanto les duele a los americanos (recientemente, Nixon atacó a Waldheim porque éste señalaba los bombardeos norteamericanos sobre los diques de Vietnam del Norte). Se dice que Waldheim va a hacer una cierta sugerencia a los chinos para que éstos a su vez presionen sobre Hanoi y consigan que liberen a los prisioneros norteamericanos, que parece ser —teóricamente— el primer gran obstáculo para que progresen las conversaciones de paz.

Los observadores en las Naciones Unidas atribuyen a Waldheim un propósito más amplio, más importante, del cual el viaje a China —como el reciente a Moscú— no sería más que un episodio: el propósito de restaurar el prestigio de las Naciones Unidas y su capacidad de mediadora.



Kurt Waldheim.

Waldheim no aceptaría el papel ritual de mártir doliente y sacrificado que fue el de su antecesor U Thant (véase el número anterior de TRIUNFO), sino que buscaría una situación activa y más enérgica en los asuntos mundiales.

En cuanto a China, la visita del secretario general la ayuda a fortalecer su posición internacional, que cada vez cuenta con más ramificaciones. Además de la visita del ministro canadiense de Asuntos Exteriores —que llegará a Pekín al día siguiente de la salida de Waldheim—, espera otras de gran importancia en lo que queda de año. Las negociaciones con el Japón progresan, y se advierte una considerable penetración diplomática china en todo el continente hispanoamericano. El ministro de Comercio Exterior chino ha firmado un nuevo acuerdo con Perú —China recibirá de Perú cobre, cinc, plomo y conservas y enviará productos químicos y alimenticios, maquinaria agrícola y textil—. México ha enviado un nuevo embajador, y otros países hispanoamericanos se apresuran a hacerlo. Muchos de ellos piensan que China podrá ser un excelente comprador de materias primas, cuyos mercados controlaba, hasta ahora, prácticamente Estados Unidos.

Lo que espera China es, además de su entrada en el mundo comercial y diplomático a gran velocidad, la ayuda de estos países para plantear en las Naciones Unidas el problema de Formosa. Como se sabe, la ONU ha decidido omitir en cualquiera de sus documentos o de sus discusiones el nombre de Formosa, aun refiriéndose a los países no miembros de la ONU. Pero Pekín teme que esta medida, que aparentemente va en el sentido de sus deseos, sea un arma de dos filos: si pretende plantear la cuestión de la integración de las islas a su territorio le dirán que internacionalmente esas islas no existen y que es un problema interior chino. En las conversaciones con Waldheim, Pekín pretendería que se apurara hasta el extremo la tesis de la inexistencia internacional de Formosa, obligando a los países miembros que aún la reconocen —y que van siendo ya minoría— a que rompieran sus relaciones con ella, aunque no las abrieran con Pekín. En un extremo, intentaría conseguir que se planteara en el Consejo de Seguridad y, sobre todo, en la próxima Asamblea General la cuestión de las bases de Estados Unidos en Formosa. Tema en el cual Waldheim, por el momento, parece impotente.

(EN LA PAGINA 14 DE ESTE MISMO NUMERO: «EL ROMPECABEZAS CHINO».)